

Nacho

Gustavo A. Silva

Uno de mis compañeros en sexto de primaria, en la escuela Orizaba, era Nacho. No recuerdo su nombre completo pero guardo muy nítida su imagen: moreno, de cara redonda, pelo negro medio ensortijado y siempre sonriente. Un torso enorme y unos brazos musculosos, apoyados en muletas de madera, y unas piernas delgadas, flácidas, totalmente inútiles, con los pies apuntando en distintas direcciones, como trapos mecidos por el viento en un tendedero.

Era vecino nuestro en el barrio de la Concordia, aunque nunca supe exactamente dónde vivía. Se ganaba la vida como bolero en el Parque de la Concordia, y también lavando los coches de los taxistas del sitio que por muchos años estuvo al costado de la iglesia. Siempre bromeando con los choferes. Venía con cierta frecuencia a la casa a recoger los desperdicios de cocina con que alimentaba unos cerdos, no sé si de su propiedad. A veces lo acompañaba la mamá, una señora de rebozo pequeña y callada, sobre todo por comparación con el parlanchín de Nacho, que a todos saludaba y que con todo el mundo tenía que ver. Diríase que toda la tristeza y amargura por la enfermedad del hijo se habían depositado en la madre sin tocarlo a él.

Era notable la fuerza que Nacho tenía, pues lo mismo se echaba en bandolera la caja de bolear zapatos que sujetaba contra la muleta una cubeta llena de desperdicios que a otra persona le habría costado trabajo llevar sin problemas. Le gustaba presumir de su capacidad para casi correr con las muletas, las piernas muertas balanceándose al ritmo del trote. A veces lo hacía cuando, de camino a la escuela, nos alcanzaba a mí y a mis hermanos para ponerse al parejo de nosotros y hablar y reírse.

Nunca fue un buen estudiante pues la pobreza lo obligaba a faltar con frecuencia y había llegado al sexto año con muchas dificultades y gran retraso. Pero le daba igual. Nunca le vi abatido, y además de contar chistes le gustaba asustar o presumir a quienes recién lo conocían jugando a ponerse las piernas inertes por detrás de la cabeza, cruzárselas sobre el pecho, coger una de ellas para apuntar como si fuera un rifle y adoptar otras posiciones inverosímiles. Nacho era una de tantas personas lisiadas por la poliomielitis en los años sesenta en México. Lo recuerdo con una mezcla de tristeza y afecto por el ejemplo que nos dio a muchos con su alegría de vivir y su entereza. Dondequiera que estés ahora, gracias Nacho.

* Traductor de la OMS (Ginebra). Dirección para correspondencia: medtrad@gmail.com.

